

de su Eterno Padre, le perpetúa y eterniza en un sacrificio incruento y pacífico. ¡Divino Salvador mio! ¿qué es lo que intentais hacer, y qué es lo que buscáis entre los hombres? ¿No veis que esa nueva demostracion de amor solo os servirá para proporcionaros nuevos trabajos? ¿Qué amor puede haber tan fuerte, que resista á los ultrajes que habeis de recibir? El mio, responde Jesucristo: todavía estoy yo viendo mayores afrentas que las que pueden hacerme; pero no importa, ya estoy determinado, sufriré; nada me acóbarda y á todo quiero esponerme, por quedarme en compañía de los hombres.

Nuestro buen Jesus, católicos, quiere hacerse amar, y así se espone á sufrir, por el deseo que tiene de manifestar la fuerza de su amor á toda alma verdaderamente fiel. Ve anticipadamente la tibieza, los disgustos, los desprecios y los ultrajes que se le preparan; ve á su propio cuerpo hollado en tierra y hecho objeto de la insolencia de los impíos; ve este sagrado cuerpo entregado á unos mónstruos peor que los mismos demonios, que como nuevos Judas le entregan á otra nueva muerte y á un nuevo Calvario. El Salvador se representa todas estas abominaciones con todas sus circunstancias; las ve clara y distintamente; su corazon, el mas amante de todos los corazones, queda atravesado de sentimiento; pero no por eso se acobarda; atraviesa por todas estas dificultades, pone en ejecucion su designio, y vedle ahí encerrado entre las especies de pan y vino. Hagan los hombres lo que quieran, el divino Salvador se entrega á su discrecion, y hace por ellos todo cuanto su amor le dicta. ¡Oh amor, qué imperio tienes tan extraordinario sobre el corazon de Jesucristo! No olvideis, señores, para

escitar vuestro amor y agradecimiento, lo que nos dice Santo Tomás, que así como por nuestra reconciliacion se ofreció Jesucristo víctima en la Cruz y vertió su preciosa sangre por lavarnos, librándonos de la miserable esclavitud, quiso quedarse en las especies sacramentales, para que permaneciese siempre en nosotros la memoria de tan grande beneficio (1). ¡Oh bondad extraordinaria! Cuando brinda á los hombres con tal comida y bebida, esclama aqui el padre San Agustin, es para que no tengan hambre ni sed, para hacerlos inmortales é incorruptibles: esto es, para formar una sociedad de santos, donde reine la paz y la unidad perfecta (2).

El amor de Jesucristo, señores, empezó con su vida, perseveró en él, y se fué aumentando cada dia hasta su muerte, y aun esta que pone fin á todas las cosas, no pudo acabar con él y durará eternamente: veamos, pues, al Salvador en aquellos últimos momentos en que se despide de sus discípulos; bien sabeis que en esta separacion es cuando se dan las mayores muestras de amor; ya está todo acabado, dice á sus Apóstoles; ya oigo la voz de mi Padre que me llama; es pues necesario que yo prive á los hombres de mi presencia sensible, empero no puedo resolverme

(1) Corpus namque suum pro nostra reconciliatione in ara crucis hostiam obtulit Deo Patri: sanguinem suum fudit in pretium simul et lavacrum: ut redempti á miserabili servitute, á peccatis omnibus mundaremur. Ut autem tanti beneficii jugis in nobis maneret memoria, corpus suum in cibum, et sanguinem suum in potum, sub specie panis et vini sumendum, fidelibus dereliquit. S. Thom. Aquin. in Opusc. LVII.

(2) Cum cibo et potu id appetant homines, ut neque esuriant, neque sitiant: hoc veraciter non præstat, nisi cibus et potus, qui eos á quibus sumitur, inmortales et incorruptibiles facit; id est, societas ipsa sanctorum, ubi pax erit, et unitas plena atque perfecta. D. Aug. in tract. 26 in Joan.

á apartarme de ellos absolutamente; quiero quedarme entre vosotros de un modo invisible; os doy mi cuerpo y os doy mi corazón oculto en las especies eucarísticas; no tengo cosa más preciosa que daros; esta es la última prenda de mi eterna memoria y de un amor que nunca tendrá fin. Todas las figuras unas se han sucedido á otras, y su tiempo ha sido corto: solo la Eucaristía será permanente, pues en ella habitaré yo hasta la consumación de los siglos. Estas fueron las últimas expresiones de nuestro divino maestro y Salvador, en las que nos manifiesta claramente que nos amó hasta el fin y aun después del fin de su vida mortal.

Empero todavía parece que espresa más los afectos de su amoroso corazón en el fin de nuestra vida. Presto le vereis correr apresuradamente á vuestras propias casas para dar en ellas las últimas muestras de su amor á un pobre enfermo que está luchando con la muerte, abandonado tal vez de parientes y amigos, y que no espera más que esta visita para morir en el ósculo del Señor. Ved aquí, católicos, el único amigo con quien podeis contar; sale de su Tabernáculo, va atravesando calles y plazas llevando á veces por corte un solo monaguillo con un farol en la mano, y anunciado, no por sonoras músicas, sino por una campanilla; entra en vuestra casa, se acerca á vuestro pobre lecho con más deseos de hablaros, de consolaros y de darse á vos, que vosotros podeis tener de recibirle: ni la miseria y pobreza de vuestra casa, ni los horribles síntomas que á todos espantan, ni lo asqueroso tal vez de vuestra enfermedad, nada le sirve de estorbo para acercarse á vosotros, en nada repara sino en el peligro en que os encontrais; quiere colocarse á

vuestro lado para defenderos de vuestros enemigos: no tengais, pues, miedo de que os abandone, antes se acabará vuestra vida que deje de socorreros con sus soberanos auxilios: acaso se encerrará con vosotros en el sepulcro, ó por lo menos será vuestra guía en el viaje de la eternidad que vais á emprender, y os llevará de la mano por medio de la región de las tinieblas: su amoroso corazón no se contentará con la protección de los santos ángeles y los bienaventurados de quien fuisteis devotos, sino que él mismo se tomará á su cargo este cuidado: esto es verdaderamente amar: ¿Os parece que puede haber amor más constante? Concluyamos, pues, que dándonos Jesucristo en la Eucaristía sin reserva; sin distinción y sin fin, es aquí donde nos manifiesta todo el amor de su corazón. Esta es la primera verdad que propuse, de la cual es consecuencia lógica y legítima que la Eucaristía pide y exige todo nuestro amor para con Jesucristo.

SEGUNDA PARTE.

No juzgo necesario el persuadiros esta verdad. Es sabido que el amor solo se paga con amor: este es un principio tan íntimamente grabado en nuestra alma, que nadie puede ignorarlo. Ahora bien, dándonos Jesucristo todo entero y sin la menor reserva, debemos entregarnos totalmente á Jesucristo: nuestro amor y gratitud debe corresponder en cuanto nos sea posible al incomparable beneficio que nos hace: dándose todo á nosotros en la Eucaristía, nos dá su cuerpo, su alma, su corazón; pues así dándonos nosotros á él, debemos darle todo cuanto dependa de nosotros, todos nuestros deseos, todas nuestras ac-

ciones, el cuerpo con todos sus sentidos, el alma con sus potencias, el corazón con todos sus afectos. Jesucristo por medio de la Eucaristía se hace una misma cosa con nosotros; ¿y no amaremos de todo corazón al que tanto nos eleva? Y esta unión que se digna mantener con nosotros, ¿no es muy digno objeto de nuestro amor? ¿Y no estrecharemos nosotros esta unión con nudos tan fuertes que el demonio y todos sus artificios, el mundo y todas sus pompas y atractivos, la carne y todos sus deleites, jamás puede romperla ni aflojarla? Unión inefable en que todo Jesucristo está en el hombre y en la que todo el hombre está en Jesucristo: unión en la que nosotros hacemos un solo sujeto con él, así como él hace uno solo con su Padre. ¡Oh Salvador mío! me parece oír en este momento aquellas palabras que dirigisteis á vuestro Padre, dirigidas por vos á mí, miserable pecador: *Todo lo que es mío es vuestro*; ¿pues no será muy justo que mi corazón os responda, que todo cuanto hay en mí, pensamientos, acciones, deseo, voluntad, todo en suma se consagra á vos?

¡Oh bondad divina! ¡Bondad infinita! ¿quién puede reconocer suficientemente y quién podrá jamás bendeciros lo bastante? Pero, ¡oh injusticia del hombre! Un Dios agota sus dones, y el hombre con ellos no es sino mucho más malo: un Dios viene á la tierra para comunicarnos una vida toda divina, y el hombre no estudia ni medita sino medios para hacerle probar los horrores de una segunda muerte. Un Dios se humilla, se inmola, se anonada. Un Dios nos ofrece no solo sus bienes, su gracia, su gloria y sus méritos, sino también su cuerpo, su alma, su corazón. ¿Tantas bondades no deberían

haber en suma desarmado la iniquidad más obstinada? ¿Es preciso, pues, que nosotros seamos en algún modo más poderosos para hacer el mal que un Dios para repararle? ¿Es preciso que nuestra ingratitude resista al más fino y constante de todos los amores? ¿Quién á vista de la inclinación de los hombres podrá creerlo? ¿De qué proviene en nosotros una conducta tan irregular é inconstante? ¿De dónde nace esta insensibilidad que manifestamos á nuestro buen Jesús? ¿Mostramos la misma indiferencia para con todos los objetos de los sentidos?

¡Ah, católicos! Esta es la herida más cruel para el amantísimo corazón de nuestro buen Jesús: siente ver que estos hombres tan ingratos para con él, sean al mismo tiempo tan afables, tan cariñosos y tan finamente amantes de los objetos de sus pasiones. Ve aquel mismo corazón que á él le niega, despedazado por mil partes á manos de sus violentas pasiones, y repartido como presa de lobos carnívoros y famélicos: ve los corazones de unos encerrados con sus tesoros (1) y bien oprimidos y clavados, como dice el mismo Jesucristo, de penetrantes espinas que les inquietan y afligen. Llenos de miseria trocaron su corazón por las riquezas. ¿Y qué compraron con ellas? Sustos, envidias, inquietudes, tentaciones y peligros. Ve el corazón de otros entregado al mundo sirviendo al más cruel tirano que es severo en sus leyes, contrario en sus pareceres, loco en sus máximas, injusto en los premios, falso en sus promesas y en las más leves ofensas implacable. Ve el corazón de otros entregado á los deleites,

(1) Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit. Luc. capítulo XII. v. 34.

y los ve manchada el alma, abreviada la vida, perdida la salud y estragada la conciencia: los ve con unas pasiones de brutos, un entendimiento ofuscado, vacilante la religion, la fé muerta y casi apagada y la libertad como perdida; y algunas veces les ve llorar enteramente cautivos por la ley del pecado que reina en sus miembros, como dice Santiago.

¿Dónde está, pues, hermanos míos vuestro corazón? ¿Qué haceis en este mundo si no amais el único objeto digno de vuestro amor? Queremos que nos llamen católicos, nos reunimos en los templos para cumplir con el mundo: tenemos una fé de corazón, como dice San Gregorio, pero no cuidamos de vivir como verdaderos fieles (1). Necesario es que convencidos de una vez de cuanto os he dicho, conozcais que solo Dios es el único objeto de nuestro amor. Como hombres de fé rindamos á bondades tan espresivas, hagamos á lo menos por un Dios que nos colma de gracias y bondades, lo que nos avergonzaríamos de negar al menor de los hombres: seamos sensibles á la fuerza de sus beneficios. No nos olvidemos que está entre nosotros este verdadero amigo y que permanece en nuestros Tabernáculos para estar mas pronto, para escuchar nuestras súplicas y hablarnos á todas horas. Acude pues á él, hombre aflijido, llégate á sus piés con confianza y con amor, derrama tu alma en su presencia, manifiéstale tu corazón, ó por mejor decir, coloca tu corazón en el suyo, ¿no ves la gran puerta que hay en él? Pues mas es efecto de su amor, que obra de sus verdugos. Este corazón siempre está abierto para recibirte; es un asilo

(1) Nonnulli autem fidem medullitus tenent, sed vivere fideliter nullatenus curant. Div. Greg. Exp. in Job. cap. 13.

inviolable en donde te hallarás defendido de todas las asechanzas de tus enemigos.

Alma mia, glorifica y alaba al Señor y todo lo que hay en mí sea sensible y reconocido á los favores que Vos me haceis, oh Dios, de uniros conmigo por medio de este Sacramento. Que mi corazón se regocije en este Dios vivo que es el principio de mi vida. Dios de los ejércitos, ¡cuán admirables son tus Tabernáculos y cuán amables! Yo quiero habitar en ellos todos los días de mi vida: el pajarillo tiene su morada y la tortolilla su nido: mi gozo y mi descanso son vuestros altares. Edificad, trastornar, haced de mí todas las mudanzas y variaciones que puedan hacerme mas agradable á vuestros ojos: destruir todo lo que pueda herir en la cosa mas leve la sensibilidad de vuestro amor, para que aparezca despues en la forma perfecta del hombre nuevo. ¡Ay, Señor! haced que yo me abra-se en vuestro santo amor: que no haya instante alguno en el que no arda en mi corazón ese fuego perpétuo del amor divino, para que unido á Vos con este vínculo sagrado, pueda llegar á contemplaros cara á cara y gozaros por una eternidad en la gloria. Amen.